



Formación Permanente del Clero Diocesano de Ecatepec

**Sb. JESÚS ES Sacerdote porque
es la Víctima Resucitada**

JUNTA DE ZONA PASTORAL

8 de febrero de 2018

Objetivo

Entender la resurrección como la total identificación de Dios con Jesús, que hace de la Víctima el verdadero Sumo Sacerdote.

Iluminación Doctrinal

Es indudable que la experiencia del Resucitado fue para los discípulos una realidad que conmovió lo más profundo de sus conciencias y de sus vidas. Todo el Nuevo Testamento está impregnado de esta nueva comprensión del acontecimiento de Jesús de Nazaret. Y lo más serio de esta experiencia de la resurrección es que los discípulos de Jesús pudieron descubrir que era Dios mismo quien estaba presente en Jesús de Nazaret, actuando, proclamando la venida inminente de su reinado, curando, perdonando y acogiendo a los pobres y pecadores.

Según lo expresado anteriormente, la resurrección no puede ser vista como la reacción de Dios ante la muerte de Jesús, ya que eso hubiera significado la confirmación del «esquema de la ley» porque Dios, al resucitar a Jesús, estaría diciendo precisamente que ese Jesús de Nazaret era lo suficientemente justo para merecer su intervención, aunque ésta hubiera sido posterior a su muerte.

Más bien, hay que entender la resurrección como la total identificación de Dios con Jesucristo y que esta total identificación de Dios hizo de la Víctima Jesús el verdadero Sumo Sacerdote.

La epístola a los Hebreos afirma que el sumo sacerdocio es otorgado a Cristo a partir de su sacrificio en la cruz, en donde fue hecho perfecto y causa de salvación para la humanidad (Cf. Hb 5,8-10).

El que Dios perfeccionara (teleiosai) a Jesús por medio de sus padecimientos (Cf. Hb 2,10; 5,9; 7,28) constituye la tesis principal de la carta a los Hebreos y la perfección a la que se refiere no es otra cosa que el hecho de la resurrección.

Hebreos expresa, con un lenguaje sacrificial, que el «ser hecho perfecto» (teleiotheis) significa precisamente que este Jesús crucificado ha sido entronizado como Sumo Sacerdote: «Aunque siendo Hijo, aprendió de lo que sufrió la obediencia y perfeccionado vino a ser para todos los que le obedecen el causante de la salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote según el orden de Melquisedec» (Hb 5,8-10).

La perfección a la que hace referencia la carta es el acontecimiento escatológico de la resurrección como la total identificación de Dios con Jesús que sufre los padecimientos de la violencia humana.

La epístola a los Hebreos afirma desde el inicio la divinidad de Cristo, quien es «destello de la gloria e impronta de la realidad sustancial de Dios» (Cf. Hb 1,3). La filiación divina de Jesucristo, dice Vanhoye, es de donde se deduce la eternidad de su sacerdocio, especialmente al ser del orden de Melquisedec, pero es notorio que la carta enfatiza el sumo sacerdocio de Jesús por su total identidad con los seres humanos a quienes «no se avergüenza de llamarles hermanos» (Hb 2,1 Ib).

En este sentido, Vanhoye afirma que en la perspectiva del autor de la epístola a los Hebreos la filiación divina no era suficiente para poseer el sacerdocio eterno, sino que era necesaria una transformación de su humanidad: «Una consagración sacerdotal que lo hiciera perfecto».

La total identificación de Dios con Jesús Víctima revela que su presencia en el sufrimiento de las víctimas es real. Su solidaridad con los que sufren de la violencia de otros es un hecho que sólo es percibido por los ojos de la fe y no tanto por el correr de los acontecimientos históricos; en estos últimos lo único que se puede percibir es, nuevamente, el aparente abandono de Dios, en quien las víctimas ponen siempre su esperanza.

Hebreos nos presentará que lo victimal en Jesús no es ritual, sino existencial. Esto quiere decir sustancialmente que la condición que Cristo tuvo que cumplir para llegar a ser Víctima, fue a través del acercamiento salvífico a los hombres y que esto lo hizo toda su existencia y de una manera más radical en su muerte.

La vida de Jesús es presentada como una existencia dramática, marcada por el miedo a la muerte, y en la que el propio Jesús, «con fuertes gritos y lágrimas», es decir abrumado por un sufrimiento hasta el límite de sus fuerzas, «ofreció oraciones y súplicas»

(5,7). Y quiere decir que la oblación de Cristo, por la que fue constituido y proclamado (5,10) Sacerdote y Víctima, fue su existencia entera, en cuanto esa vida fue presentada a Dios en la oración, aludiendo sin duda a la oración de Jesús en Getsemaní (Cf. Mc 14,36) y en otros momentos de su vida (Cf. Jn 12,27).

La conclusión que se desprende de todo lo dicho es que Cristo llegó a ser Víctima no por un ritual que se practicó y se celebró con él y ante él, sino por medio de su existencia entera, ofrecida a Dios en la oración. En consecuencia, se puede afirmar que la misión Victimal de Cristo no es ritual, sino existencial y que está marcada por el mandamiento del amor y del perdón, llevados hasta sus últimas consecuencias.

El culto auténtico, lo victimal, no es ya otra cosa que la entrega de la propia vida, la generosa donación de la existencia entera. En otras palabras, Dios ha cambiado radicalmente el concepto de sagrado como realidad separada de la existencia profana, es decir, de la existencia cotidiana del hombre a lo largo y ancho de su vida y su actividad. En consecuencia, se entrega a Dios en todo el ámbito de su existencia. Y toda la existencia es camino abierto para el encuentro con Dios. El culto cristiano consiste en la vida cristiana misma: en la confesión de la fe y de la esperanza (Hb 13,15), en la vida entregada a los demás: «No se olviden de la solidaridad y de hacer el bien, que tales sacrificios son los que agradan a Dios» (Hb 13,16).

Textos para la reflexión

«En el mundo comprendí esto, y me humillé siempre, siempre, ante la Divinidad encarnada. Y por esta espontánea humillación (porque Yo también como hombre tuve alma, y libre albedrío, aunque éste, claro está, siempre estuvo envuelto en la Divinidad y unido a ella, y por tanto, perfectísimo), he sido también glorificado. Yo como hombre tuve libertad para sufrir, y más sufrir, para humillarme y más humillarme, y ahí estuvo mi mérito como hombre, que fue premiado en la glorificación inmediata de Cuerpo, resucitando y venciendo a la muerte con el poder omnipotente de la Divinidad que lo acompañaba» (*«Cruz de Jesús» CC 24,27-38, JUAN GUTIÉRREZ, Tomo IV, texto 1945*)

Pistas para la reflexión grupal

1. ¿La experiencia del resucitado es una realidad que me commueve en lo profundo de mi conciencia y de mi vida?
2. ¿La identificación con Jesús Víctima me acerca y compromete con las víctimas de hoy?

3. ¿Las vicisitudes de mi vida y de mi ministerio van generando desánimo y apatía o se van convirtiendo en disposiciones de fidelidad y generosidad?

Compromiso para la vida

- ❖ Así como Jesús no se avergüenza de llamar a todos los hombres hermanos, comprometerme en no hacer acepción de personas.

Celebrar

HAZNOS LOCOS

¡Oh Dios! Haznos locos
de los que se comprometen a fondo,
de los que se olvidan de sí mismos,
de los que aman con algo más que palabras,
de los que entregan su vida de verdad y hasta el fin.

Haznos locos, apasionados,
hombres capaces de dar el salto hacia la inseguridad,
hacia la incertidumbre.

Haznos locos, locos del presente,
enamorados de una forma de vida sencilla,
amantes de la paz,
puros de conciencia,
resueltos a nunca traicionar,
capaces de aceptar cualquier tarea,
de acudir a donde sea;
libres, espontáneos y tenaces.

Señor, haznos locos como tu Hijo Jesús.